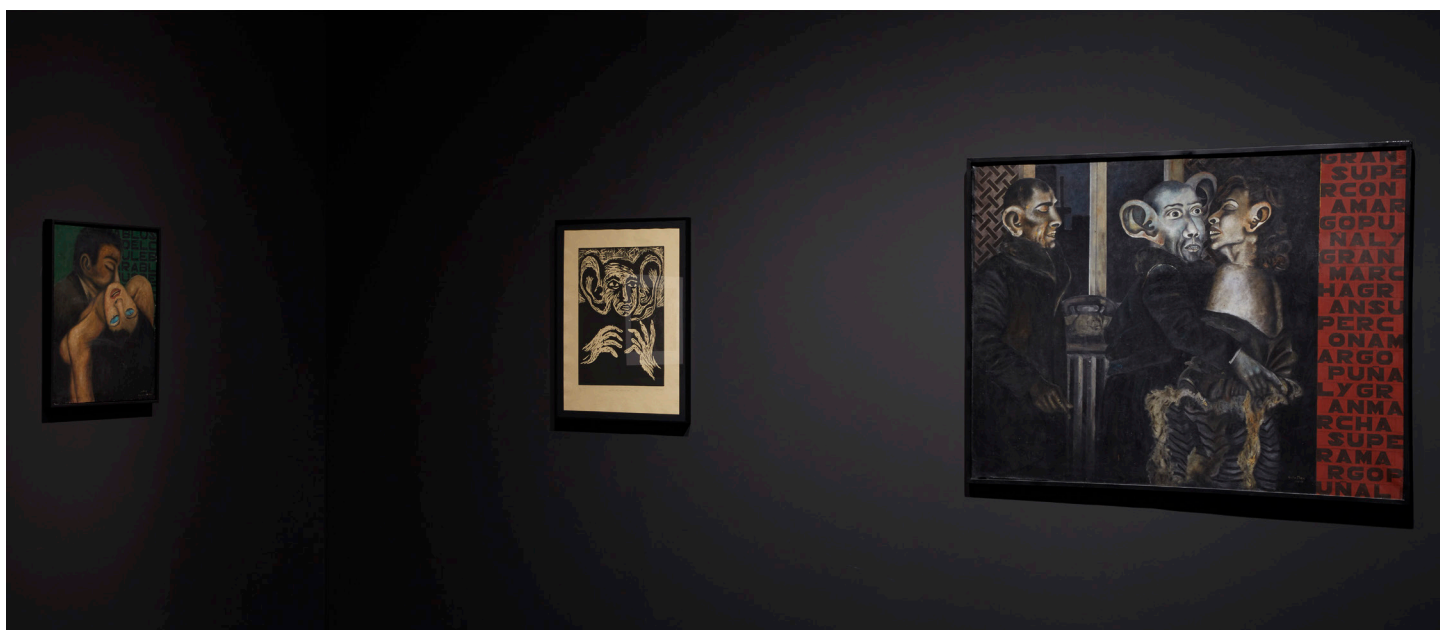


Entre tinieblas

La obsesiva presencia del vampiro en las artes plásticas y la literatura de la época nos habla del dilema de la juventud contracultural, de su imposible trayecto entre el mundo autoritario del que procede y el mundo sin autoridad al que aspira. Mientras se recompone el Estado y sus jerarquías, los huecos dejados por los procesos de cambio permiten habitar esa abertura por medio de la pintura, el cine, la poesía o las drogas.



La metáfora del vampiro habla del no-lugar de una generación, de su relación con los libros, el cine, la política y el pasado. La dependencia y las metamorfosis corporales articulan entonces un espacio entre lo humano y lo animal, la vida y la muerte. En las obras de Víctor Mira, los cuerpos aparecen diluidos en la noche y los cabarets, o expuestos a la irrupción de misterios caníbales. Las metáforas vampíricas sirven también a «los clandestinos de la democracia» en las obras de poetas como Eduardo Haro Ibars —*Empalador*, 1980—. El cuerpo de la *Mullereta* (1975) del fotógrafo Jorge Rueda resume este cruce de carne e historia, de literatura y política. Vampiros que, como las drogas, consumen a la juventud que puebla las fotografías de Alberto García Alix, habitando los cuerpos históricos que corresponden a los distintos mordiscos de la época.

Entre tinieblas (1983) de Pedro Almodóvar resume, como alegoría generacional, la relación paradójica que va de los deseos y las prácticas de la contracultura frente a aquellas del nacional—catolicismo, borrado por la democracia en la misma medida en que la funda, como la mirada de un vampiro ante el espejo.